

“Las viejas calles”

Pedro García Montalvo

Publicado en Diario *La Verdad*, 31 de marzo 2012

Han pasado treinta años desde la muerte de Miguel Espinosa. Pero es como si lo hubiera visto ayer, al anochecer, con su cazadora de cuero negro, su camisa de cuadros pequeños y sus vaqueros oscuros por las viejas calles de la ciudad: Arco de Santo Domingo, Merced, Trapería, San Cristóbal. Como si fuera ayer, recuerdo el gesto de sus manos al encender un cigarrillo. Recuerdo sus palabras tranquilas, que, eran al mismo tiempo, palabras de fuego: “El hombre es la obra maestra de Dios”. Esta frase, entre gozosa y provocadora, implicaba la suma hermosura de la vida, su dicha completa, pero también aceptaba la terribilidad radical del mundo. No podía ser pronunciada sin admitir –como cuando decimos “nobleza obliga”- que lo divino supone para el hombre el más alto sentido, pero también una obligación rigurosa y extrema. Por eso Espinosa era alegre y comediente, pero, a la vez, crítico y severo. De estas cosas hablaba en ese puñado de obras excepcionales, esas novelas –de *Asklepios* a *Tribada*- y esos ensayos y cartas que nos dejó, y que no morirán, escritos entre el entusiasmo y la exigencia. En su vida cotidiana se resumía todo esto en una cordialidad sin fondo, aunque nada ni nadie estaba libre de su humor y de su enjuiciar inexorable. Salía de su casa bajo ese signo de la creencia en lo humano: había quedado ya con un amigo o estaba seguro de encontrar a alguien con quien hablar gustosa y despaciadamente en los cafés del centro. A diferencia del pensador griego, él no tenía la menor dificultad para encontrar a un hombre. Al revés. Le era imposible no encontrarlo.

En su existir, como en su obra, brillaba la sobreabundancia que tiene todo don original. Recuerdo una noche de inicios de verano, en la esquina entre Alfonso X el Sabio y la plaza de Santo Domingo. Estaban con nosotros dos amigos. Iba a ver a su hija, la guapa y simpática Mavi, que era entonces estudiante universitaria, a su casa en un piso alto frente al río Segura, y llevaba en la mano –muy contento- una pequeña caja de cartón llena de fichas. “Es que Mavi tiene un examen de filosofía, y me ha dicho que le preparara algunas notas sobre Hegel, que le está costando un poco”. Lo que Miguel llevaba excedía por completo a la petición de su hija: llevaba en esas numerosas fichas

lo mejor que se puede decir de Hegel, y otras sabidurías añadidas. Yo mismo me sentí partícipe de aquel obsequio, aunque no estuviera destinado a mí, porque era una dádiva universal, como solían ser todos sus actos. Las promesas más altas de la vida también nos exceden. Así era él, y así era su obra memorable.

Este anochecer, lo veré de nuevo por sus viejas calles, Merced, Trapería, Platería, y las demás que él tanto amaba. Todas ellas me hablarán de Miguel Espinosa, en la luminosa oscuridad.